

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII. DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En Murcia y Loren, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53. COLABORADORES: Todos los suscritores. NÚM. 539.

MURCIA 26 DE AGOSTO DE 1900.

La Juventud Literaria

EL TOQUE DE ORACIÓN

Era un día bello de primavera con su cielo puro, su sol hermoso y sus brisas perfumadas. En el patio de un castillo, á la sombra de odoríferos arbustos, habíase colocado un sillón. Una niña retozona llevaba un pequeño taburete para los pies de la abuela, que dos pajes conducían, sosteniéndola por los brazos.

En breve se ofreció á la mirada de los Angeles un tierno espectáculo: sentada, á los pies de su abuela, la niña fijó de improviso sus ojuelos en el azulado cielo, y echándose sobre las rodillas que la habían mecido, enlazó con sus brazos el cuello de la octogenaria.

—Abuela (dijo la niña), ¿por qué son blancos vuestros cabellos, mientras los míos son tan negros?

—Por que tú; Juanita, te hallas en la primavera de la vida, mientras que yo me hallo en el invierno de mis años, y sabes tú que nieva en dicha estación.

—¿Y cómo es que tenéis la cara llena de arrugas? Yo no tengo ninguna, ni mamá tampoco.

—Hija mía, en la primavera todo es alegre, todo senrie. Pero á la manera que durante el invierno el arado va trazando zarcos en la tierra han ido trazando estas arrugas en la frente de tu abuela.

—¿Y por qué meneais la cabeza? Tan pronto parecé que decís si, como nó.

—¡Oh, Juanita. Es que el viento del cielo me sacude sin

cesar. ¿Sabes que tengo ochenta años y que no puede continuar mucho tiempo aquí abajo?

—Abuelita ¿porque rodea vuestro rostro un círculo negro?

—Hija mía es que he llorado mucho. ¿No sabes que el agua cava los mas duros peñascos?

—¿Y por qué os inclináis tanto hácia el suelo?

—Para ver mejor el lugar que debo ocupar en breve.

—¿Y qué decís siempre, por lo bajo, cuando os persignáis?

—Todos los días ruego á Dios por tí.

—Yo también ruégo cada día por vos, abuelita.

Aquí es donde cabalmente vamos á encontrarnos, hija mía.

En este momento la campana de la aldea dió el toque del «Angelus»; abuela y nielecita hicieron juntas la señal de la cruz, y desde las dos extremidades de la vida, una misma oración, en honra de la Virgen, subía al Padre que está en los cielos.

EL VIZCONDE DE...



QUIMERA

No la puedo olvidar, su imagen bella profundamente se grabó en mi alma, y en vano quiero su recuerdo hermoso alejar de mi mente acalorada.

Solo una vez la vi, solo un instante ansioso contemplé su frente blanca, su pelo negro en ondulantes rizos, y sus mejillas de color de grana.

Solo un momento de sus lindos ojos amoroso sostuve la mirada, y desde entonces con pasión ardiente la adora sin cesar mi triste alma.

Ahora la busco en vano, pues su imagen, pasó ante mí como una sombra rápida, y aunque loco batallo para verla imposible me creo de encontrarla.

Si es un angel que mora en las alturas, en la gloria por todos deseada, volverle á ver quisiera solamente y postrarme de hinojos á sus plantas.

Y si es una mujer, solo deseo saber el sitio donde pudiera hallarla, para si sufre consolar sus penas, y amoroso gozar si ella gozara.

ARTURO G. CARRAFFA.



HUMORADAS

(—o—)

I

Hay quien pasa la vida en ese eterno juego de hacer caer á la mujer, y luego rehabilitar á la mujer caída.

II

Te vés á confesar, y el cura dice que á tí, en vez de absolvete, te bendice.

III

Si la codicia de pedir es mucha, el hombre reza, pero Dios no escucha.

IV

El amor es tu himno permanente que, después que enmudece el que lo canta, otra nueva garganta lo vuelve á repetir eternamente.

V

Miré... pero no he visto en parte alguna ir del brazo la dicha y la fortuna.

VI

Cual todas, tú pretendes, como Elena, ser amada por bella y no por buena.

VII

Ese ilustre mortal lleno de hastío era pobre al nacer; mas, rico ahora, mirando á su palacio, siente frío; cuando se acuerda de su choza, llora.

VIII

Te vi una sola vez, pero mi mente te estará contemplando eternamente.

XI

Purifica el olor de la opulencia cuando huele á tomillo la indigencia.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



ESBOZOS

EL PAN DE SAN ANTONIO

I

En un rincón de la miserable estancia, un joven yace en pobre lecho, postrado, con los ojos hundidos, cadavérico el rostro, los labios amoratados.

A su lado, una afligida anciana, su madre, de rodillas, cruzadas las manos y en el rostro de su hijo fija la mirada con expresión de dolor indescriptible.

—¡Ah!... ¡pensaba la sin ventura.. Se muere, se muere el hijo de mis entrañas sin que en mi amor inmenso pueda evitarlo!... ¡Si al menos creyera... si quisiera confesarse!... ¡Oh! entonces la separación sería corta, pues conozco que no podré sobrevivirle... Pero muere impenitente, voy á perderle para toda la eternidad... Dios santo, misericordia; él es bueno, yo le enseñé á bendecir tu Santo Nombre... En el club lo han trastornado... Está extraviado, Señor. Que un rayo de tu gracia le vuelva al redil... Piedad, Dios mío, misericordia...

Y la pobre madre vertía á torrentes amargo llanto... sin cesar de repetir: Piedad, Señor, misericordia.

¡Madre infeliz!... Mientras su hijo pudo trabajar nada faltó en aquella casa, pues Enrique que adoraba á su madre, de todo se privaba gustoso con tal de que nada faltase á su viejecita, como en su cariño la llamaba... Pero cayó enfermo y de la casa desapareció la alegría y con ella cuanto de algún valor poseían madre é hijo.

Al principio le socorrian de una sociedad á que Enrique per-

